

Ante la violencia sexual infantil

Caminos para la recuperación

DESDE UN ENFOQUE PSICOSOCIAL,
HUMANISTA Y FEMINISTA

Karla Barrios



Índice

Agradecimientos	11
Prólogos para acuerparnos	13
Descubre este texto	21
Capítulo 1. Violencias	27
Desigualar la violencia	30
¿De qué hablamos cuando hablamos de violencia?	36
El ejercicio de la violencia	38
La estructura de la violencia	40
Interseccionalidad	45
Violencia cotidiana	49
Las violencias desde diferentes lugares de reconocimiento	56
Capítulo 2. ¿Qué es el género? Esa palabra que escuchamos mucho	71
Sexo y género	71
Machismos y otros términos que necesitamos desmitificar	77
Diferentes formas de violencia que sostienen el abuso	
sexual infantil	82
Simientes de la violencia de género	84
Capítulo 3. Violencias sexuales	97
La violencia sexual	112
Consentimiento y consenso	119
Cultura de la violación	121
Las dificultades para nombrar, denunciar y atender:	
las cifras invisibles	125
Capítulo 4. Violencias y dinámicas cotidianas que sostienen	
la violencia sexual en la crianza	131
Adultocentrismo o adultismo	132

Forzar a las crianzas, un alto impacto para su desarrollo	137
Violencia o tortura a las crianzas	140
Erotismo y placer en las crianzas	148
Diferenciar el abuso sexual infantil de los juegos sexuales infantiles	149
El problema de penalizar la educación sexual integral	150
Contexto del abuso sexual infantil	153
Hipersexualización de niñas y adolescentes	154
Abuso sexual infantil	156
<i>Grooming</i>	164
Dinámica del abuso sexual	166
Invisibilización del abuso sexual infantil: mitos y realidades	178
Espacios de peligro que se disfrazan de amorosos y seguros	184
Nadie puede cortar una flor sin afectar las estrellas o “el efecto mariposa”	188
Capítulo 5. Espacios de contención y resiliencia	193
Lo que impide y desnutre	193
Víctima, victimización y revictimización: lugares de narrarnos y de ser narradas	196
El concepto de sobrevivencia	199
Trauma	205
Perdón	208
Los asideros en la vida cotidiana	210
La mirada feminista	211
Cuidados, herramientas y superpoderes	214
Prevención del abuso sexual infantil	218
Lo que posibilita y nutre	220
Capítulo 6. Caminar en colectiva, construyendo mi manada	223
Sacamos la ropa sucia, limpiamos la casa para habitar nuestra vida	223
Resiliencia	224
Del poder del #MeToo a las denuncias públicas	228
Manadas de brujas, compas, niñas: la insumisión que canta, grita, baila	232
Transformar nuestra vida, nuestros mundos, nuestras relaciones	234
Construir y celebrar nuestras esperanzas	239
Epílogo	241
Bibliografía	245
Acerca de la autora	255

La **violencia** es una manera de silenciar a las personas, de negarles la voz y la credibilidad, de afirmar tu derecho a controlarlas sobre su derecho a existir.

Rebecca Solnit

Capítulo 1

Violencias

Agresión y violencia no son lo mismo, aunque muchas veces pensemos que sí. De entrada, la violencia no es hereditaria, no puede ser innata ni tampoco instintiva. La violencia es una construcción sociocultural. La aprendemos y también la aprehendemos, es decir, nos apropiamos de ella; se vuelve familiar, la normalizamos, y por eso no nos damos cuenta cuando la ejercemos ni cuando la vivimos. El filósofo José Sanmartín lo precisa con esta frase: “El agresivo nace, el violento se hace [...] nuestra agresividad es un rasgo en el sentido biológico del término [...] mientras que la violencia es una nota específicamente humana”.

Sí, porque a diferencia de la violencia, la agresividad es una respuesta de las especies vivas: lo mismo una planta, un pez, una persona. Aparece cuando sentimos amenazada nuestra integridad, tanto la individual como la de nuestra manada o grupo. También cuando peligra nuestro territorio o en situaciones en las cuales necesitamos sobrevivir. Surge como una respuesta de defensa ante las adversidades en nuestra vida. Incluso, para sobrevivir a un evento amenazante, nuestro cuerpo responde al peligro, ya sea evitándolo o atacando, se paraliza o huye.

Diferenciar la violencia y la agresión es importantísimo. El antropólogo Ashley Montagu afirma que “la violencia innata en un ser humano es un mito [...] todo comportamiento agresivo —como todo comportamiento profundamente humano— es aprendido”. Por eso sostiene que estas conductas están ligadas a las experiencias que vivimos y a los aprendizajes de nuestra vida cotidiana. Por ejemplo: no es lo mismo nacer en un entorno donde tenemos cobijas, donde nos cambian los pañales y la ropa cuando lo necesitamos, donde tenemos comida y nos hablan amorosamente, que en otro en el que pasamos frío y hambre, donde nuestras necesidades básicas no son atendidas, donde crecemos en medio de gritos, sin contacto físico

respetuoso o con violencia sexual. Por supuesto que esto influye y cambia nuestra percepción del mundo que nos rodea. Es ahí cuando aprendemos —insisto, no nacemos— a familiarizarnos con las diferentes formas de violencia.

Ahora, distinguir las distintas formas de violencia y nombrar todos los procesos que las atan y las mantienen es complejo. En terapia encuentro muchas historias de vida relacionadas con esto.

La historia de Lucía

Una consultante, quien de manera anónima comparte su testimonio, pero que aquí llamaremos Lucía, cuenta que desde niña vivió con sobrepeso (su cuerpo no es el cuerpo hegemónico delgado, sino un cuerpo gordo). En medio de cambios físicos, mudanzas que representaban duelos, accidentes caseros donde no tuvo una contención afectiva, en una familia con poco contacto físico, se añadía el *bullying* en la escuela. “Algunos me llamaban ‘Mamut’ y otros solo gorda, o cosas por el estilo. Cuando se lo comentaba a mi madre, ella me aconsejaba que lo dejara pasar. ‘Que se te resbale’, ‘No hagas caso’, ‘No los escuches’, ‘Si te ven llorar, te molestarán más’, me decía. Incluso llegó a comentarme que así es como los niños muestran interés; o que yo les gustaba y no sabían cómo acercarse. Pero los ruidos de esa repulsión y las burlas me sonaban a todo lo contrario. Todo cambió cuando me volví agresiva, comencé a golpearlos”. Lucía pasó de víctima a victimaria. Sin embargo, y a pesar de que sus padres le aseguraban que al ingresar en la secundaria todo cambiaría para bien, se topó con otro acto de violencia. Recuerda a un compañero que le pidió copiar unos apuntes. Él acercó sus piernas a las de ella, sin siquiera tocarla, cuando le soltó: “Así es como se hacen los bebés, con mis piernas entre las tuyas”. Llegó a casa llorando, asqueada e indignada, con miedo y repulsión. “Se lo conté a mi madre. Al día siguiente, fue a la escuela, habló con los directivos [...] Recuerdo que me llamaron. Seguramente me hicieron repetir el relato. Al final todo quedó en ‘Bueno, ya pasó. Vuelvan a su salón’. El tema quedó zanjado para todos. Por supuesto ya nunca más se retomó”.

La violencia y la agresión, en el caso de Lucía, van tan de la mano que parecen lo mismo. Ella tuvo que reaccionar ante los eventos hostiles cuando se le presentaban. De pronto, todo su entorno se volvió violento. Ya no era nada más la escuela, sino también la familia. Su hermano mayor tuvo un

papel predominante. “Cuando éramos niños, nos peleábamos a golpes, nos revolcábamos en el piso para agredirnos y pegarnos. A la fecha no sé cómo calificar esa historia de infancia con mi hermano: él ejercía tanta violencia, pero también la recibía. Yo le rompí los dedos con la puerta del baño, obligué al perro de mi madre a caminarle encima y la garra del perro se le clavó cerca del ojo. Le rompí los dientes incisivos con el antiguo control de la tele. Él también me golpeaba, más fuerte conforme crecía. Me picaba el ano con el dedo cuando me distraía”. El hermano de Lucía también sorteaba la violencia. Para él, las correcciones eran más con golpes y, por supuesto, se volvió “normal” al tiempo que llegaba a la adolescencia. Ella tenía 17 y él 19. En esa etapa hicieron una tregua inconscientemente. Los amigos de su hermano consumían alcohol y sustancias psicoactivas, en ese estado llegaban a su casa. Lucía se unió como una forma de alianza tácita. Ellos, sin querer, impidieron que la última pelea encarnizada entre los hermanos se tornara en tragedia. “Ni siquiera recuerdo bien el motivo. Tenía una espada de bambú con la que practicaba kendo. Me retó diciendo que esas espadas no hacían daño. Yo, pensé que sí podría matarlo con la punta, pegándole en la tráquea con suficiente fuerza. Vi sus ojos llenos de furia. Por supuesto, también era consciente del peligro en el que estaba. Sin embargo, ninguno de los dos estábamos dispuestos a dar un paso atrás. Fue gracias a que esos amigos intervinieron que la violencia no escaló a más. Esas ‘malas amistades’, que mis padres siempre corrían de casa, en ese momento impidieron una posible desgracia”.

El contexto que envolvía la vida de Lucía era violento. Ella, por supuesto, respondió con agresividad. Después llegaría el divorcio de sus padres. La estructura familiar se colapsaba. Las relaciones, de por sí complicadas, se agravaron más. Lucía es un claro ejemplo de distintas violencias, pero también de innumerables recursos personales, de mucha resistencia ante la adversidad, por eso cuesta mucho identificar las violencias en nuestra vida, porque se cruzan todas y pensamos que son habituales, forman parte de nuestra cotidianidad. Resulta, entonces, muy importante encontrar aquello que nos lastima. ¡Nombrarlo! Esto hará que nos movamos de esos lugares en los que nos colocamos y que derivan en violencia. Movernos también sirve para cuidarnos, para elegirnos y así construir herramientas en nuestra vida... para nuestra vida.

Vivimos en una cultura de violencia. Amnistía Internacional (AI) dice que es “aquella en la cual la respuesta violenta ante los conflictos se ve

como algo natural, normal, incluso como la única manera viable de hacer frente a los problemas que nos encontramos a diario” (AI Catalunya, 1997). La cultura de la violencia es un problema de nuestra sociedad. Se basa en el individualismo, la competencia, la idea paranoica de que lo que nos sucede es algo específicamente contra nosotros, el intento de que todas las personas seamos iguales, que contestemos lo mismo, que sepamos lo mismo, que nos interesen las mismas cosas, en donde ser “diferentes” nos convierte en despreciables y la idea que prevalece es que la violencia es la forma de “solucionar” los conflictos. La cultura de la violencia la aprendemos de manera inconsciente, por tradición, nos ciega y nos impide ver más allá de lo evidente, de los patrones que otras personas establecieron sobre nosotras y repetimos de forma mecánica, sin cuestionarnos de dónde vienen, para qué y por qué.

Es importante que reflexionemos sobre esta cultura depredadora que aniquila la esperanza, que favorece la indolencia, la indiferencia, que silencia las realidades incómodas, que mira el bien individual y desaparece y destruye el bienestar de la colectividad. Reconocer que estamos en una cultura de la violencia nos permite mirar desde un lugar más complejo, reconocer nuestra participación, las formas en las que producimos y reproducimos las violencias y también si estamos tomando en nuestras manos la responsabilidad de construir espacios, vidas y relaciones de paz activa. Esta cultura de la violencia es la que favorece el maltrato infantil y, por ende, la violencia sexual en la niñez y la adolescencia.

Desigualar la violencia

Con frecuencia escucho estas frases: “Le dije que no iría y se puso agresivo”, “Como se enojó, empezó a aventar los platos”, “Cuando no hago lo que quiere, me aplica la ley del hielo”, “Me frustra que no haga las cosas como deben ser”, “Siempre se burla de mí y luego dice que fue broma, que no aguanto nada”, “Cada rato me amenaza con dejarme si no cambio mi forma de ser”. Utilizamos palabras como enojo, frustración, impotencia, conflicto, agresividad y violencia como sinónimos. Estas frases son solo un ejemplo de cómo nos confundimos al distinguir cuándo ejerzo violencia o cuándo soy víctima de ella. Todo está en el mismo costal y, al no diferenciarlo ni entenderlo en su contexto general, es común —y muy probable— que normalicemos la violencia.

El problema con el **género** es que prescribe cómo debemos ser, en vez de reconocer cómo somos.

Imagina cuánto más **felices** seríamos, cuánta más **libertad** tendríamos para ser nosotros mismos, si no tuviésemos el peso de las expectativas de género.

Chimamanda Ngozi Adichie

Capítulo 2

¿Qué es el género? Esa palabra que escuchamos mucho

Cuando hablamos de *género* nos referimos a un sistema complejo de creencias, roles, expresiones, identidades, actitudes, valores, comportamientos, cosmovisiones y más. A todo esto le ponemos socialmente un significado y lo atribuimos a las personas en función de su apariencia, y estos códigos los aprendemos desde nuestro nacimiento, lo que complica mucho la situación, porque creemos que así es solo porque alguien más lo dijo o por dogma. Es este sistema de género el que nos dice que las mujeres somos delicadas, calladas, dóciles, que nos dice y nos plantea lo que es ser femenina; también dice que los hombres son fuertes, habladores, indómitos y plantea lo que es ser masculino. La realidad es que muchas veces ni siquiera entendemos lo que esto significa y nos vemos forzados a cumplir papeles que nos dañan porque no son propios. Para entenderlo mejor, vamos a profundizar en el sistema sexo-género, pues muchas veces confundimos estos dos términos y tenemos una perspectiva muy cerrada sobre los temas relacionados.

Sexo y género

A veces decimos frases como “tuvimos sexo”, o la “fiesta de revelación de género”, las cuales son inexactas y generan mucha confusión. Voy a contarte la diferencia de estos conceptos.

Compartimos el 95% de nuestros genes con ratones, el 98% con chimpancés, bonobos, gorilas y grandes simios, también compartimos 3 000 genes con especies no animales. Todos los seres vivos somos diferentes, hay una gran diversidad de formas de vida: arqueas, bacterias, protozoos, hongos, plantas, animales. En cada uno de estos seres vivos hay una gran diversidad de cuerpos, de funciones, de formas.

La especie humana, aquella a la que pertenecemos, es una especie animal y también tenemos múltiples diferencias.

Cuando nos referimos a la palabra *sexo*, estamos hablando de algunas diferencias en nuestro cuerpo, nuestra anatomía, nuestra genética, nuestra morfología, que nos dicen si somos machos, hembras o si somos personas intersexuales.

El sexo tiene varios componentes, sin embargo, muchas veces pensamos que es únicamente lo que tenemos entre las piernas, lo que comúnmente llamamos genitales⁶ y que llamaré órganos sexuales externos pélvicos. Vamos a ver estos elementos:

- Sexo anatómico: características de los órganos sexuales internos y externos pélvicos (genitales) y de los caracteres sexuales secundarios.
- Sexo gonadal: presencia de ovarios o testículos.
- Sexo cromosómico: presencia o ausencia de genes determinantes del sexo, cromosomas sexuales XY / XX / XXY / XYY / X.
- Sexo génico: enzimas que se producen para la diferenciación sexual.
- Sexo hormonal: niveles de hormonas sexuales (estrógenos, progesterona y andrógenos).

Si soy un macho, puedo observar que tengo pene y testículos; si soy una hembra, puedo ver que tengo una vulva; si soy una persona intersexual, en mi zona pélvica puedo tener características más cercanas a las consideradas para un macho o más cercanas a las consideradas para una hembra o una combinación de ambas. Esto solo nos sirve para saber cómo soy y cómo funciono.

Ser intersexual quiere decir simplemente que naciste con una variación que ocurre de manera natural en los seres humanos. No es un problema médico, por lo que las intervenciones médicas en lxs niñxs (como las cirugías o terapia hormonal) no son necesarias por razones médicas [...] Ser intersexual es más común de lo que la gente piensa. Es difícil saber cuántas personas intersexuales hay, pero se estima que entre una y dos por cada 100 personas que nacen en Estados Unidos son intersexuales (Planned Parenthood, 2021).

⁶ La palabra *genital* se refiere a: 1. adj. (Fisiol.). Que está en relación con la generación o reproducción. 2. adj. (Anat.). Que está en relación con los órganos reproductores. Sin embargo, nuestros órganos sexuales internos y externos pélvicos tienen muchas funciones y no exclusivamente la reproductiva, por ejemplo: el clítoris es el único órgano en el cuerpo humano cuya función exclusiva es la experiencia del placer.

Entonces, podemos ver que hay muchas posibilidades ya que, así como hay diferentes formas y dimensiones de narices o de manos, también en nuestra zona pélvica tenemos muchas diferencias y, cuando hablamos de *sexo*, podemos ver que somos muy diferentes. Con frecuencia decimos tal persona es de sexo... pero, lo real es que es difícil saber las dimensiones de nuestro sexo. Ahora mismo yo ignoro mi sexo cromosómico o el estado de mi sexo hormonal, así que no me atrevo a decir que sé cuál es el sexo de otra persona. En el ultrasonido lo que se ve es una pequeña parte del sexo, la que corresponde únicamente al sexo de los órganos sexuales externos pélvicos. Así, estos son los sexos:

- hembra
- macho
- intersexual
- intersexual con características predominantes de hembra
- intersexual con características predominantes de macho

El problema es que muchas veces las personas confundimos sexo con género, lo cual sería equivalente a que nos dijeran que por el hecho de tener ojos color marrón nos debemos llamar de alguna manera en particular y nos deben gustar ciertas cosas o debemos comportarnos de determinada manera.

Cuando hablamos de *género*, hablamos de construcciones e ideas socio-culturales. Es muy probable que nos hayan enseñado una visión binaria del género, lo cual quiere decir que solo hay dos opciones: masculino y femenino; esto es muy desafortunado porque es como si nos dijeran que solo existen en el mundo el blanco y el negro, cuando en realidad entre uno y otro existen todos los colores con todas sus tonalidades.

Hay una forma de separar algunos elementos de género que muchas veces confundimos:

El *género de asignación* es aquello que *nos dicen que somos* después de ver una parte de nuestro sexo; es decir, con base en cómo son nuestros cuerpos, nos asignan expectativas, fantasías, demandas, exigencias, que se catalogan como de hombres o de mujeres. Estos nombres no describen todas las identidades. En algunas ocasiones el género asignado al nacer está conforme con la persona, que entonces se llama cisgénero; cuando está inconforme, hablamos de una persona transgénero. Es como si al ver la forma de nuestra nariz nos dijeran que nos vamos a sentir identificados con un equipo de fútbol.

En algunos grupos humanos se reconocen cinco géneros (Carrillo Hernández, 2017) y se busca que el contexto no tenga género para que la persona se viva en libertad (Romero y Marín, 2017).

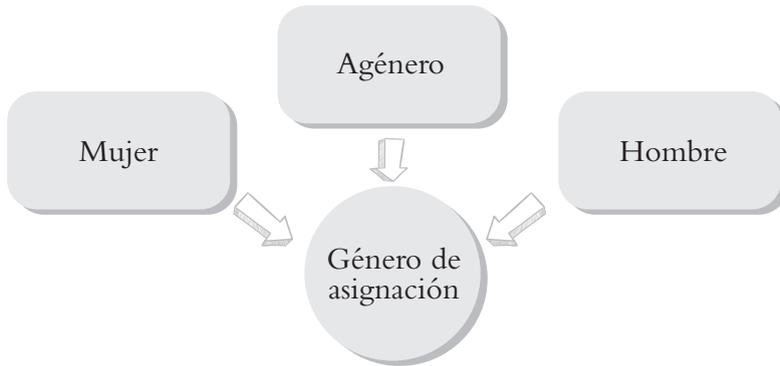


Figura 2. El género de asignación.

La *identidad de género* es la forma privada en la que *yo me identifico*, me siento, me percibo, me reconozco. Puedo vivirme como hombre, como mujer o como persona no binaria o *genderqueer*—que son todas las personas que no se consideran hombre ni mujer y que pueden acercarse a vivirse más como mujer o más como hombre o una combinación de ambas—, y también existe la posibilidad de que no haya identificación, es lo que se denomina una persona agénero. Todas son formas de identidades y hablan nuevamente de nuestras diferencias y nuestras pluralidades. Josefina Cano (2018) nos explica que “el sexo y la identidad de género se determinan por separado, en tiempos diferentes durante el desarrollo”.

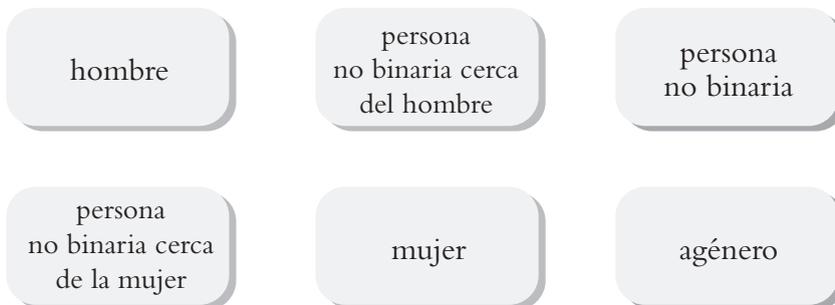


Figura 3. La identidad de género.

El *rol o expresión de género* son todas aquellas *ideas y reglas* que nos dicen que debemos cumplir con lo que se considera masculino o femenino; por ejemplo, se cree que un hombre debe ser fuerte y que una mujer no debe enojarse; esto nos coloca en una situación muy difícil, porque todas las personas somos fuertes para algunas cosas y todas las personas sentimos enojo, tristeza, alegría, sorpresa, miedo; todas las emociones son válidas en todas las personas y sirven para protegernos y reconocernos. También está la posibilidad de tener una expresión andrógina y dejar de calificar todo lo que somos, reconocer que todas las personas somos diversas y que nos transformamos a lo largo de la vida.

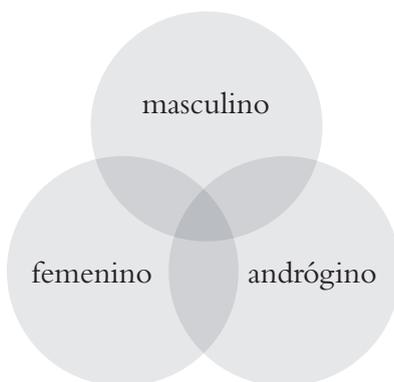


Figura 4. La expresión de género.

La *orientación erótico-afectiva* se refiere a la persona de quien nos enamoramos y quien nos gusta de muchas maneras, con quien nos sentimos en confianza y cómodos. “La orientación sexual es una atracción emocional, romántica, sexual o afectiva duradera hacia otras personas” (APA, 2013). La atracción puede tener diferentes formas: sexual, sensual, romántica, estética, intelectual, actitudinal, platónica.

Nos han enseñado, con una visión estrecha, que solo hay personas heterosexuales —hombre y mujer— y a veces homosexuales —relaciones de dos hombres o dos mujeres—; sin embargo, estas no son las únicas formas de convivencia, de amor o erotismo. Existen personas bisexuales —que pueden enamorarse de mujeres y de hombres—, hay personas pansexuales —que se enamoran de otras personas, es decir, su identidad de género, sexo o expresión de género no son importantes— y existen muchas formas más de relacionarnos, tantas como personas en el mundo.



Figura 5. La orientación erótico-afectiva.

Lo importante es respetarnos y respetar a las demás personas. Si lo pensamos con detenimiento, tenemos más en común que diferencias, todos tenemos las mismas capacidades: sentir, pensar, respirar, disfrutar, reconocer lo que nos desagrada, construir relaciones, enfermar, cuidar. Todas las personas necesitamos a otras personas, por eso es muy importante valorar un mundo de diferencias y diversidad, porque la vida es diversidad y la diversidad siempre nos enseña.

Laura Rita Segato (2018b) dice: “Lejos de ser residual, minoritaria y marginal, la cuestión de género es la piedra angular y el eje de gravedad del edificio de todos los poderes”, es decir, este sistema que clasifica a las personas, nuestras acciones, que tasa lo cotidiano con calificativos, es un sistema que fomenta, construye, fortalece y perpetúa las violencias. El sistema de género es discriminatorio para las personas, ya que, como apunta Francesca Gargallo (2014), actúa en todos los ámbitos de la vida organizada. Contrario a lo que pensamos, los conceptos de masculinidad o feminidad son una construcción sociocultural, por lo cual, hablar de género es hablar de desigualdades, injusticias, discriminaciones, que se generan a partir de los mandatos que tratan de regir las acciones, experiencias, permisos, estereotipos y comportamientos que separan y diferencian mundos: masculino-femenino, racional-emocional, fuerte-débil, público-privado... Esta ruptura favorece a una persona o grupo, pues como vimos con la interseccionalidad,

se crean lugares de privilegio o de opresión al calificar las experiencias de nuestra vida cotidiana.

Estas diferencias lo que hacen es engendrar una forma específica de violencia que se llama *machismo*, que apoya la idea de que todo lo considerado femenino es inferior, que no vale, que las mujeres por el hecho de ser mujeres valemos menos que los hombres. Es un sistema que nos hace daño a todas las personas y tenemos que comprenderlo para decidir si queremos seguir viviendo con esas violencias.

Machismos y otros términos que necesitamos desmitificar

Lo sé, de pronto parece una campaña panfletaria, alejada de nuestra vida y quizá incomprendible, pero cada vez que escuchamos términos como misoginia, patriarcado o machismo, debemos entenderlos a cabalidad porque son parte de nuestros problemas cotidianos, de nuestras experiencias emocionales, de los conflictos de nuestras relaciones y hasta de la manera en la que habitamos nuestra vida.

Patriarcado es un sistema que genera relaciones de poder, construye jerarquías (alguien o algo vale más que el resto), discrimina, excluye y marca diferencias entre los valores considerados masculinos y femeninos, favoreciendo el dominio masculino en todo lo que conocemos. En estas páginas hemos hablado del sistema patriarcal, cuando nos referimos a las relaciones de poder, la interseccionalidad y las violencias. Gerda Lerner (1986) dice que: “El régimen patriarcal comenzó con la esclavización de las mujeres, siguió con la generalización de la esclavitud y finalmente con las formas posteriores de desigualdad social, intrínseca al malestar de la sociedad; el patriarcado es la raíz de la mentalidad industrial, el capitalismo, la explotación, la ansiedad, la alienación, la incapacidad para la paz y el expolio de la Tierra, entre otros males”.

Así, el patriarcado es el predominio de lo masculino sobre lo femenino e incide en todo lo que conocemos, al asignar valor o al desconocerlo, planteando desigualdades desde la propia experiencia.

El patriarcado es un concepto utilizado por las ciencias sociales, la antropología y los estudios feministas. Es la distribución desigual del poder entre hombres y mujeres. Los hombres asumen el predominio, como la